

Rafael Ortiz González

un poeta de cumbres y de espacios

Escribe: JUAN CASTILLO M.

“...si la tragedia del hombre ha sido siempre la finitud, en la hora presente esta realidad tremenda cobra temblores y pavores de verdadera angustia cósmica. A medida que el poeta, el artista y el hombre se adentran más hacia el infinito, el ser se penetra más hondo de su infinita pequeñez. Hoy todo es más veloz que el sonido, más raudo que la luz, más breve que el tiempo. Mejor dicho, el tiempo ya no existe y el espacio ha sido violado y poseído por el hombre. Vivimos en una época de cósmica locura en que la humanidad ha visto transformadas, en cincuenta años, todas sus experiencias de cincuenta siglos! El hombre es un muñeco ebrio danzando sobre el cosmos”. Esta larga cita tomada de las “palabras iniciales” con que Rafael Ortiz González presenta su libro *Los Gritos Infinitos*, es necesaria para nuestro propósito de analizar la influencia que en el poeta ha ejercido, en forma definitiva y preponderante, el medio encrespado de montañas y de alturas en el cual nació, creció y aún ejerce su apostolado de inteligencia y de belleza.

EL MEDIO GEOGRAFICO COMO ENTORNO DE SU POESIA

El departamento de Santander es uno de los más quebrados del territorio colombiano. Poblado inicialmente por razas aborígenes guerreras y ariscas, presentó las fortificaciones de sus cordilleras como defensas contra el invasor hispano. Esos pueblos primitivos libérrimos y heroicos libraron una constante batalla, inútil a la larga, para retener lo que fue siempre suyo,

lo que consideraban propiedad inviolable, lo que para ellos era —y es— herencia propia, irrenunciable y definitivamente propia.

Ese Santander agreste, ese rabioso panorama de cumbres y de abismos tenía que dar, necesariamente, una raza forjada a golpes de viento y de huracán, individualista pero abiertamente franca y plena de palabras certeramente dichas, atinadamente hilvanadas en un lenguaje cotidiano de claridad ilímite. No podía ser de otra manera. El santandereano es cerril, es cierto, pero al mismo tiempo amplio en el trato como amplios son los panoramas nítidos avizorados desde la altura de sus montañas innumerables.

Ríos, cañadas, valles, mesetas, alturas. Montes tupidos, peñascales que muestran su esqueleto geológico y, por encima de todo ello, un cielo claro que a veces se tiñe con los rojos colores del relámpago pero recobra su nitidez y su profundidad como el santandereano readquiere su donosura, su llaneza, después de la tempestad y del combate.

En ese contorno de roqueñas alturas el poeta Rafael Ortiz González forjó su recia arquitectura personal. Creció pisando cimas y oteando desde ellas los abismos por los cuales discurre el aborrascado entrevero de los ríos caudalosos. Y vio, desde la frente empinada de los montes, un pueblo laborioso y pujante, unos campesinos sencillos y recios, unas mujeres altivas como los cedros que se yerguen entre las hondonadas ubérrimas queriendo dominar con la recia testuz de sus ramajes la eminencia cercana.

Y oyó la voz del viento y el horadar interminable del trueno, viajero del espacio. Y vio la lluvia, a veces suave como un vellón, a veces embravecida y ululante como bestia desbocada. Y supo de torrentes y de arroyos. Y miró desde su altura otras alturas en las cuales el cóndor y el águila confundían sus plumajes con el reverberar del sol durmiéndose en la cresta encañecida de los montes.

Y así fue su voz. Recia, estentórea, sonora como la trompeta que lanza notas apocalípticas hacia los valles adormecidos en la apretada cintura de los cerros. Y así fue su voz poética, una arremetida de notas silbantes como las tempestades desatadas, como los huracanes desbocados, como los torrentes que se precipitan hasta las tierras bajas desde los más altos penachos de la roca.

PASION DEL INFINITO

Comencemos por afirmar que Rafael Ortiz González tiene una obsesionada pasión por el infinito. El libro inicialmente enunciado lo dice. Y dentro de los poemas que contiene, ese infinito, ese cosmos desmesuradamente abierto es una constante, una recurrente imagen que se presenta a menudo, que reclama estar allí, en la poesía, en el pensamiento, en la imagen.

La presencia reiterada de algunos términos en la poesía de Ortiz González nos permite delimitar el panorama expresivo que se expande a veces en forma avasallante como una catarata desbordada. Pero esos vocablos recurrentes, esas "*palabras-tema*" están siempre allí como las anclas de su navío poético para afirmarlo en la tierra, sobre el mundo, pese a los vuelos estelares que emprende por otras rutas que deja siempre abiertas. Y esas *palabras-tema* son siempre las mismas: Cumbre, monte, montaña, aire, valle, cosmos, roca, infinito, altura, breña, pero usadas de manera tan acertada que impide la monotonía y el desgano. Cuando no quiere utilizarlas se va por los senderos de la imagen contundentemente clara y sugerente: grito sideral, primordiales resonancias, atrevidas cúpulas, luz serrana, que crean en el lector expectante la misma realidad de la palabra matriz. Es una manera de afirmar su propia expresión poética.

Veamos de *Los Gritos Infinitos* esa palabra-tema, ese leiv-motiv que se ofrece al lector en la sinfónica orquestación de su obra:

*"El universo es uno, disperso e infinito
y el cosmos vive y arde como un sepulcro inmenso"*

Más adelante lanza su corazón a la distancia porque

*"la flecha humana ha rebasado
los orbes y los mundos de granito"*

Para luego

*"subir al monte más lejano
y apacentar un trueno entre la boca".*

Por eso canta

*"de pie sobre la roca
más alta del abismo más arcano"*

y quiere *“aprisionar un rayo entre la mano”*. Pero viene después la *“épica montaña”* en medio de *“una guerra de cumbres y horizontes, / un vértigo de rocas y de montes”* para *“subir con la infinita pesadumbre / de Sísifo a la cumbre milenaria”*.

En sus poemas el tema del infinito, del cosmos, se repite una y otra vez en innumerables formas. Así, la atmósfera es sonora y hay reverberación solar y una *montaña primigenia* y un *pecho del sol*

“padre universal de todos los planetas”.

porque según el poeta,

*“estamos hechos
de fragmentos de espacio
y de partículas de tiempo”*.

Ese concepto del espacio, del infinito, está contenido en palabras-tema reveladoras, sugerentes: el sol, el universo, los astros, los planetas, el espíritu inmenso, la cima, el espacio puro, el espacio inmenso, los mundos otra vez, los orbes, los planetas. El cristal húmedo del cielo, el águila del viento, la montaña enorme de los sueños, el júbilo solar, los truenos verbales, los gritos inmensos, los gritos enormes, los ámbitos eternos, la voz en el espacio, los truenos inauditos, la última galaxia, las hondas músicas solares, el infinito grito del silencio, los espacios estelares, los ultramundos... el grito infinito, porque

“gritar es poseer el cielo”

y llenar todos los ámbitos.

CONCEPTO DEL PAISAJE Y DE LA ALTURA

“Los Hombres, los Caminos y los Ríos”, “Imágenes del Mundo”, “Los Himnos de la Sangre”, “Angeles de Piedra” (cito hacia atrás del orden en que se presenta la obra poética de Rafael Ortiz González en la severa selección publicada por el Banco de la República) se caracterizan por los grandes poemas. Grandes en la voz y en la extensión. Los otros libros —son nueve en total— encierran igualmente expresiones de gran aliento poético pero matizadas con poemas de menor dimensión editorial. De manera maestra conjuga en ellos, en su

“poesía cósmica” como la llama el padre Félix R. Miranda en el prólogo del primero de los volúmenes citados aquí, “el paisaje, como una vivencia de raro vigor” con una concepción universal del hombre, de su existir, de su vagar por la tierra en procura de la verdad.... y del infinito.

No pretende el poeta rehuir en ningún momento lo que para él es presencia definitiva. La tierra en todas sus formas. La tierra con todas sus características. La tierra y el hombre con sus contradicciones y sus luchas. Porque tanto el hombre como la tierra son seres actuantes, combatientes, luchadores incansables por lograr esa altura que él domina, que él buscó un día y fue dejando, paso a paso, en el ritmo candente de su verso.

Por eso dice que

*“el hombre es un río
que va hacia el abismo de sí mismo”*

pero también hay

*“caminos pasajeros
que se borran tras rápidos desvíos”.*

Sin embargo, el hombre está llamado a perdurar porque la verdad de su perennidad se halla en

*“...el hombre nuevo que habrá de venir
haciendo en la luz sus espuelas sonar,
como un mesías de hierro, vestido de
amianto y de fuego,
guarnecido de un dulce y humano corazón
como un moderno Belerofón,
a caballo en un potro solar!”.*

Y es que el hombre en la poesía de Ortiz González es el centro de toda expresión. En torno a él, frente a él, sobre él, están las montañas, las cumbres, el infinito, los orbes innumerables. Y mientras es

*“el soberbio piloto
del cielo más remoto,
y el invisible arquero
del más alto lucero”.*

es también “el viejo segador” o el “labrador de ataúdes” y más aún

*“es todo lo que existe
en el acá y en el allá”*

o es, como dice enseguida:

*“todo el cosmos con conciencia
y es todo eso y mucho más”.*

LA TIERRA EN SU PRESENCIA NUTRICIA

Cuando Rafael Ortiz González levanta el soberbio penacho de su poesía, en ella está la tierra con su nutricio vientre abierto, ofrecido a la azada, a la violación laboriosa del hombre —siempre el hombre—. Va y viene la tierra en figura de mujer, en su presencia mineral, en su levantisca rebeldía de cumbres y en su sedente condición de valle.

Y la tierra es todo para él. Desde aquellas cumbres entre las cuales se levantó su casa solariega hasta esas otras visitadas o presentidas en medio del deambular poético, del andar del periodista, del sentir del diplomático y del observador atento de inmensidades y de espacios.

Por eso nos habla de su despertar a la luz “en una tierra brava de América” entre “bíblicas montañas” con “trémulas canteras” mientras entona el himno “vegetal de mi tierra americana” y sueña con retornar solo a su esquiva montaña, al mármol de su tierra, a la

*“cantera fértil
de rubia piedra para ser labrada”.*

Es la tierra en todas sus formas. Desde el mármol hasta la piedra elemental y limpia. Es la tierra sollozante, la piedad de la tierra, el odio de la tierra, el “grito doméstico de la selva”. Y son también los “abismos sutiles” de la tierra sin memoria, el paisaje reflejado en sí mismo, el barro iluminado, el vaso de la tierra turgente, la arcilla núbil y

*“la risa
de Dios sobre la tierra”.*

Ortiz González ama a la tierra, al

*“campo anchuroso
bañado por largos ríos bíblicos”*

y ama las colinas de su infancia y “la boca fragante de la montaña”.

Pero mientras su canto se enraiza en la morena capa que sustenta sus pies, levanta el canto hacia el infinito y clama por el hombre uncido al yugo doblegante de su pena y cree en él, en su destino, en su peregrinaje cotidiano en busca de la luz y la esperanza:

*Somos copa de barro y espíritu divino
y nuestros pies se hunden en vórtices de lodo.
Ni arriba, ni aquí abajo hallamos acomodo
porque alma y cuerpo tienen un contrario destino.*

*Esta es la gran tragedia de todo humano sino,
que busca el infinito sin hallar el recodo
de eternidad en medio del lóbrego camino,
pues la vida es la Nada sumergida en el todo.*

*Por ello en este mundo el nuevo hombre que empieza
como el Adán antiguo, será el mismo hombre eterno.
Será Eva la belleza y el hombre, la tristeza.*

*El viejo paraíso estará más lejano...
Y asomado el espíritu al borde del infierno
verá en sus rojos círculos al corazón humano.*